

# Fragmento

Fragmentos de la Epopeya Lírica de 1.100 versos titulada CAMPANAS, que el poeta Carlomagno Araya dedica al Gran Rubén en el año dariano y que figura en ITABO, libro que estará a la venta a mediados de este noviembre.

Unánime equilibrio de armónicas rutinas  
le dio a Rubén audacias de música y color.  
Curiosidad de rosas y hostilidad de espinas  
ciñeron la cabeza del Indio Trovador.

¡Júbilo ante la lira del niquirano Osiris,  
dios del florido numen, astrólogo albañil  
que construyó su templo con tornasol del Iris,  
para que Apolo guarde su oráculo y su atril!

Pámpanos han cubierto la frente de Dionisos.  
El lago también duerme su sueño de cristal,  
y dieron las Hespérides geranios y narcisos  
para formarle tirsos al Vate Universal.

Savía de raíz nutricia  
fue su verso innovador;  
ruiseñor que da a una flor  
la más amable noticia.

Pensamiento que se adueña  
del entrañable cariño,  
que siente el nelumbio niño  
por la paloma que sueña.

Cóndor de garra y de escándalo  
que retó viento y neblinas.  
Pino que tuvo resinas  
de opopónax y de sándalo.

Rey del ático diseño,  
arquitecto de LOS RAROS.  
Torrero que cuida faros  
que alumbran costas de ensueño.

Juan XXIII de la idílica  
trova que en ritos de amor,  
es como voz superior  
del coro de una Basílica.

En el desfile de los  
que al Bien hicieron su dístico,  
Rubén fue vocero místico  
de don Jesucristo Dios!

Los bienaventurados de la diáfana diáfara,  
de la perfecta rima, de la imagen completa,  
hoy dejan ante el mármol y el laurel del Poeta  
la lámpara del método, del ritmo y la metáfora.

América y España se han unido  
para solemnizar el centenario  
del nacimiento del Cantor Egregio,  
vencedor en la lid contra el olvido.  
¡El Mulhacén altivo es su mayor himnario  
y el viento de los Andes su más sonoro arpegio!

Con manifiesta esplendor gloriosa,  
en el vergel florido,  
prepara para el Bardo sus músicas el nido,  
su caridad de nácar la llama de la rosa.

Sacerdotal y hierático, el simil de Darío  
tiene salud y fuerza, juventud y fragancia.  
Simil de recio músculo, frase de extraño brío,  
que encontró en nuestra América su mejor atavío  
y en España y en Francia, su admirable elegancia.

A Rubén dio Polimnia de su vientre prolijo,  
hucha donde se guarda la moneda de un hijo  
y por gustar del Bardo pasión bella y distinta,  
siempre gozó esa musa cuando se hallaba encinta.

Hierofante somnoloco y divino,  
cabaística gema del Parnaso,  
ojo desorbitado te aurora sin ocaso,  
abismo reluciente donde se gesta un trino!

Júbilo de Edgar Poe y de Verlaine, aleluya!  
Champaña y hasta vino de coyol!  
Embriaguez de Pegaso sin control.  
Bohemio de la tierra del pinol,  
por mi recuerdo, la memoria suya  
pasa, como entre sombra satélite del sol!

No hay modo de que el duende de mi razón se ingenie  
para ofrecer al Bardo la más digna alabanza  
que exalte la ascendencia, la clásica progenie  
de los fornidos CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA.

COLOQUIO DE LOS CENTAUROS,  
MOTIVOS DEL LOBO, HELIOS.  
Cantos para los que nunca habrá sepelios,  
versos donde lo Bello tendrá inmortales lauros!

Carlomagno ARAYA

## Mi hermano interior

Siento como una lástima entusiasta  
de mi hermano interior, que se incomoda  
por todo, que jamás está a la moda  
y a quien un bloque de inquietud aplasta.

No ha dejado su vida de ser casta  
y, sin embargo, hay algo que lo enloda  
y que convierte su existencia toda  
en descuidada y sospechosa pasta.

¿Qué será lo que ensucia la existencia  
de mi hermano interior? Es la impaciencia  
la que mancha su espíritu con cieno.

¡Esa impaciencia que ni un solo instante  
deja a su corazón ser el diamante  
de lo dulce, lo armónico, lo bueno!

Carlomagno ARAYA

El fecundo poeta nacional, Carlomagno Araya, cumple sus 70 años. En esta ocasión LA REPUBLICA se complace en brindar a sus lectores, algunas de las últimas producciones del indoblegable poeta, uno de los mejores representativos del versificador innato, celoso del pulimento y la rima. Los sonetos de Carlomagno Araya son, por su pulcritud y belleza, por su corte clásico y su tema angustioso de los mejores en la poesía costarricense contemporánea. Lleguen a don Carlomagno Araya, nuestro saludo y nuestra felicitación.

LA REDACCION

## Símbolo

Mi poesía tiene ramas en forma de abanico con penachos rígidos, a veces punzantes. Sus hojas verdes —siempre verdes— parecen puñales o pequeñas espadas de esmeralda. La comparo con el izote, planta liliácea a la que aquí llamamos itabo. "Yuca elephantipes" es nombre científico de ese vegetal cuyas flores son comestibles.

Semejante al itabo es mi literatura. Lo que de ella se acerca a la tierra, resulta gris, áspero, como las patas de los proboscidios. En cambio, sus hojas se yerguen buscando contacto con los truenos y son a modo de jades desafiantes.

Dicen que al hombre lo componen tres cuerpos: físico, astral y espiritual. En el astral residen las pasiones; el espiritual elevase a Dios; el cuerpo físico se mueve sobre el mundo. Cuando pasión y materia se juntan, forman demonios. Contrariamente, si el astral sincroniza virtudes con el espíritu, aparecen ángeles.

Soy como el itabo. Cuerpo áspero, genio atormentado, modestia sin sentido práctico, y la cual resulta monotonía de la vulgaridad.

Débil, nunca me ha importado desafiar al viento y al rayo. Mi cabeza es airón de dagas color de esperanza. De vez en cuando surge entre la frondosidad de mis escritos una flor blanca, erguida, a la cual tienden mis críticos sus manos ávidas, con el propósito de llevársela para saborear lo gustoso de sus pétalos amargos.

CARLOMAGNO

## Setenta años

— I —

Funesta es la vejez. Yo no he podido tener resignación con estos años que tienen corrosión de desengaños, orín de pena y humedad de olvido.

Ave matusalénica sin nido,  
no me brindan olivos ni castaños  
sombra de amor para mis muchos daños,  
rama de paz para lo que he sufrido.

Hoy hace setenta años, a las nueve  
de la mañana, con oído leve  
escuché la primera sinfonía

de cierto rruiseñor atormentado,  
que sin razón se entusiasmó a mi lado  
y cantando me sigue todavía.

— II —

Setenta años de edad es una cosa  
que pesa mucho más que un monolito,  
mucho más que una lágrima, un delito,  
un dolmen, un ridículo, una losa.

Setenta años, espina sin la rosa,  
isla donde el dolor nos ha proscrito.  
Terrible inmensidad de inmenso grito  
con que el tiempo infinito nos acosa.

Amar con fuerzas débiles que aumentan,  
vivir de los recuerdos que se ausentan  
en proporciones que ninguno mide.

Caminar por decrepito sendero  
y tener, al final, un agujero  
donde alguien nos entierre y nos olvide!

Carlomagno ARAYA